

PROYECCION Y DESCONOCIMIENTO DELIRANTES A PARTIR DE LOS PRIMEROS ESCRITOS DE FREUD *

EDMUNDO GOMEZ MANGO**

En este artículo nos proponemos comparar dos modalidades de proyección delirante: la que se reconoce en la “confusión alucinatoria” o “amencia” y la que caracteriza a la “paranoia”. Utilizamos estos términos en la acepción psiquiátrica de la época, es decir, antes de ser aceptada la sistematización kraepeliniana de fin de siglo. En Freud los términos “amencia” o “confusión alucinatoria” designan una situación clínica esencialmente caracterizada por el cumplimiento alucinatorio de un deseo (su prototipo clínico es el caso que discutiremos más adelante). En cuanto al término “paranoia” Freud lo utiliza, en sus primeros escritos, en sentido muy amplio, casi equivalente a enfermedad o psicosis delirante (1).

Partiremos de dos observaciones clínicas presentadas por Freud en sus primeros escritos psicopatológicos (1894-5). El objetivo de la comparación que estableceremos es describir el proceso proyectivo delirante —siempre inseparable de un proceso de desconocimiento (***) o de desmentida (****) y analizar, en las situaciones clínicas señaladas, sus analogías y sus diferencias estructurales.

El campo semántico de la noción de proyección es muy vasto y difícil de precisar. Desde el punto de vista psicoanalítico Laplanche y Pontalis la definen de la siguiente forma: “En sentido propiamente psicoanalítico operación por la cual el sujeto expulsa de sí y localiza en otro —persona o cosa— cualidades, sentimientos, deseos y aun “objetos” que él desconoce, o rehúsa en sí. Se trata

* Publicado en “Psychanalyse a’ l’universitt”. Mars 1984

** Université Paris VII

*** Méconnaissance—Desconocimiento en sentido activo de una operación de no reconocimiento intencional.

**** “Déni de la réalité “es la forma en que Laplanche y Pontalis traducen el término alemán “Verleugnung”, traducido al español por renegación o desmentida, éste último utilizado por Eheverry en la edición de las obras completas de Freud de la Editorial Amorrortu”. (N. del T)

de una defensa de origen muy arcaico y que opera particularmente en la paranoia pero también en modos y pensamientos “normales” tales como la superstición” (2).

Es así que la proyección, en el pensamiento freudiano, está sobre todo en relación con una modalidad de defensa del yo que le permite desembarazarse, expulsar *fuera* de sí aquello *que* es odiado, malo, penoso o desagradable.

Ahora bien, en la confusión alucinatoria lo que es alucinado es una representación deseada o amada por el yo. ¿Es legítimo concebir el cumplimiento alucinatorio de deseo, la alucinación, como una proyección? Nuestra respuesta es afirmativa por dos tipos de argumentos. El primero, y más importante, es que en ambos casos (en el de la confusión alucinatoria y en el de la paranoia) podemos reconocer la doble vertiente del mecanismo proyectivo: la puesta fuera de un contenido psíquico, pero también —y esto nos parece esencial— la actividad de desconocimiento o de desmentida de un aspecto de la realidad. El segundo es que Freud utilizó la noción de proyección para designar operaciones psíquicas que no siempre coinciden con el sentido restringido del mecanismo paranoico. Evoca, por ejemplo, la proyección a propósito de la fobia, en la medida en que ésta logra poner fuera, en el exterior, el peligro pulsional interno (3). Por otra parte, y siempre en sus escritos metapsicológicos, señaló explícitamente la posibilidad de concebir el sueño, la alucinación onírica, como una proyección: “Un sueño es para nosotros indicio de que ocurrió algo que quiso perturbar al dormir, y nos permite inteligir el modo en que pudo efectuarse la defensa contra esa perturbación. Al final el durmiente soñó y pudo seguir durmiendo: en lugar del reclamo interno que quería ocuparlo sobrevino una vivencia externa cuyo reclamo fue tramitado. Por tanto, un sueño es también una proyección, una exteriorización de un proceso interior” (4).

Las dos situaciones clínicas que estarán en la base de nuestra discusión son la confusión alucinatoria o “amencia”, descrita por Freud en ‘las psiconeurosis de defensa’ de 1894 (5) y el caso de paranoia analizado en el “Manuscrito H” de 1895 (6).

La primera observación trata de la mujer *que* espera al hombre amado y alucina la representación deseada que la realidad amenaza: cree que el hombre amado ha llegado, que está allí, que le habla: sale en camión para

recibirlo. Durante dos meses vive un “sueño dichoso”, siempre cerca de él. Esta vivencia alucinatoria global y persistente sirve de ocasión a Freud para describir el mecanismo psíquico que la sostiene: el rechazo (*) (Verwerfung). La proyección delirante, alucinatoria, de la representación deseada o amada, es sostenida por un triple rechazo (desestimación) o desmentida: a) de la representación insoportable (**) (“él no me ama, no ha llegado”, es decir lo contrario de aquello que ha sido alucinado); b) del afecto correspondiente a esta representación; c) y de un fragmento de la realidad exterior que había «adherido” a la representación desagradable. Este triple rechazo (desestimación) constituye la condición misma de la actividad alucinatoria.

La segunda situación clínica que queremos evocar es la que presentó Freud en el “Manuscrito H” de 1895. Se trata de la doncella ya madura, o de la mujer con un pene en la mano que sufre un delirio de persecución y de observación en relación con la tentativa de seducción (7). Esta observación permite a Freud, por una parte, ampliar su modelo teórico de las psiconeurosis de defensa —utilizado hasta ese momento para explicar la patología de la histeria, de la obsesión y de la confusión alucinatoria— a la paranoia, y por otra parte describir una nueva modalidad de defensa del yo: la proyección.

“La heroína de esta aventura” se defiende de una representación molesta, “inconciliable”, de dos maneras: no quiere hablar, niega violentamente haber vivido con este hombre ningún acontecimiento desagradable, a pesar de las insistentes preguntas de Freud; por otra parte se defiende con accesos de “paranoia”: “Ella se ahorra algo; algo era reprimido. Se puede discernir qué era. Es probable que cayera en irritación con la visión o con el recuerdo de esa visión. Se ahorra de ese modo el reproche de ser una “mala persona”. Luego hubo de oírlo desde afuera. *El contenido positivo se conservó entonces imperturbado*, pero algo varió en la posición de toda la cosa. Antes era un reproche interno, ahora era una insinuación que venía desde afuera. El juicio sobre ella había sido trasladado hacia afuera, la gente decía lo que ella habría dicho de sí misma. Algo se ganaba con ello. Al juicio pronunciado desde adentro habría debido aceptarlo; al que llegaba desde afuera podía de-

* Rejet es la traducción francesa del término alemán *Verwerfung* traducido al español por Elcheverry como desestimación.

** Ver T. III. pág.55. nota 18. (N. del T).

sautorizarlo. *Con esto el juicio, el reproche, era mantenido lejos de) yo”* (8). Esta proyección delirante hacia el exterior, en el decir de los otros, es pues posible por un rechazo o una desmentida del decir interior del sujeto.

En estas dos observaciones clínicas el proceso delirante está caracterizado por una doble actividad o una doble vertiente: por una parte, proyección delirante de una representación psíquica; y por otra, “desconocimiento” (*) de un fragmento de realidad, interna o externa.

La aproximación de estas dos estructuras psicopatológicas delirantes permite establecer las distinciones siguientes:

a) en la confusión alucinatoria el contenido de la proyección delirante es una representación deseada mientras que en la paranoia el contenido de la proyección delirante es una representación odiada (reproche);

b) en la confusión alucinatoria el desconocimiento o el rechazo se realiza sobre un fragmento de la realidad exterior y sobre una vertiente de la realidad psíquica; en la paranoia, el desconocimiento encara o afecta esencialmente la realidad psíquica;

c) en la megalomanía, considerada por Freud como una variante de la paranoia, la proyección delirante proyectada al exterior es lo opuesto de la representación odiada, y es siempre un aspecto de la realidad psíquica que es afectado por la desmentida.

Teniendo en cuenta estos dos criterios (el carácter deseado u odiado de la representación proyectada o desmentida y el carácter externo o interno de la realidad encarado por el rechazo o el desconocimiento), podemos establecer el cuadro comparativo siguiente:

Es posible también destacar que en ambas estructuras psicopatológicas aquello que es desmentido no aparece como un vacío o una ausencia: el lugar, por así decirlo, donde se ha operado el rechazo es ocupado o rellenado por el fenómeno alucinatorio. En la confusión alucinatoria es el fragmento de realidad exterior desmentido que es reemplazado por la representación deseada. Por el contrario, en la paranoia opera el proceso inverso: la realidad psíquica

* Fragmentos de la correspondencia con Fliess pág. 248: Freud utiliza Leugnen (desconocimiento, no-reconocimiento). (Nota del traductor)

desmentida, indeseable, es reemplazada por aquello que viene del exterior: el decir de los otros.

El interés psicopatológico de la comparación estructural de estas dos situaciones clínicas nos parece estar en relación con una problemática esencia: la de la proyección delirante de lo deseado y de lo odiado. Es de destacar que fue en el curso de los escritos metapsicológicos de 1915 donde Freud retomó la amencia. Es probable, por otra parte, que en la misma época haya abordado la proyección desde un punto de vista metapsicológico ya que uno de los artículos destruidos por Freud parece haber estado dedicado al tema de la proyección (9).

En el artículo que hemos citado anteriormente (“Complemento metapsicológico de la doctrina de los sueños”), establece un paralelo entre el sueño y la amencia englobando ambos fenómenos psíquicos en una abstracción teórica más amplia: la psicosis alucinatoria de deseo. Este *enfoque* metapsicológico permite precisar el funcionamiento del aparato psíquico en el caso de la amencia: 1) ante una situación de pérdida del objeto amado la abolición de la prueba de realidad es el resultado de una retracción de investidura del sistema Cc. (P); 2) las fantasías de deseo —en este caso no reprimidas y concientes— penetran en este sistema y son investidas alucinatoriamente siendo así reconocidas como una “realidad mejor”. Hay una aparente dificultad en lo concerniente a las relaciones del yo y el sistema Cc. (P) en el caso de la amencia; algunos párrafos antes leemos: . . . “La alucinación consiste en una investidura del sistema Cc. (P), investidura que no se produce, como sería lo normal, del exterior, sino del interior, y tiene por condición necesaria que la regresión vaya a alcanzar este sistema mismo y pueda así colocarse más allá de la realidad” (Op cit. T. XIV, pág 23 1). Es necesario pues admitir dos movimientos simultáneos y de signo contrario: represión-desinvestidura del sistema Cc. (P), con exclusión de la prueba de realidad e investidura alucinatoria del interior, de fantasías de deseo, que adquiere así e) carácter de una mejor realidad, y a las cuales el yo debe dar creencia. La retracción de investidura del sistema Cc. (P) es considerada por Freud como un proceso de represión; la proyección alucinatoria es aquí concomitante de una escisión del yo: “La amencia nos presenta el espectáculo interesante de un yo escindiéndose de uno de sus órganos” (10). Es necesario

destacar que “el rechazo”, (Verwerfung), invocado en la primera elaboración freudiana a propósito de la confusión alucinatoria, y que parecía aplicarse o efectuarse directamente sobre un fragmento de realidad intolerable, se ha tornado ahora un proceso más complejo y mediatizado: se trata de una represión particular por una retracción de investidura de sistema Cc. (P), que pone fuera de acción la prueba de realidad, permitiendo al mismo tiempo la investidura alucinatoria de fantasías de deseo. En la psicosis de deseo, ya se trate de la amencia o del sueño, lo deseado obtiene una satisfacción alucinatoria: el escenario psíquico es ocupado enteramente por el cumplimiento alucinatorio de deseo. Desde el punto de vista tópico, la percepción, la realidad exterior, el sistema conciente, son —con las limitaciones que hemos señalado— desinvertidos y desconocidos. Todo el interés, toda la investidura psíquica, se aplica a la imagen y la representación—cosa. De manera análoga a lo que sucede en los sueños podríamos decir que el yo, en la confusión alucinatoria, ocupa una situación periférica o que se torna “el escenario” del delirio. Como expresa Laplanche: “el yo, se puede decir, no está directamente en el sueño sino por las modificaciones que él le impone, es como su “medio”, como su escenario”(11).

La paranoia, por el contrario, está centrada sobre la elaboración de la proyección delirante de lo odiado. En ese trabajo el yo ocupa una Posición central; son las representaciones—palabra las que aparecen en Un Primer plano. La proyección delirante paranoica está pues en relación con el preconciente, “la tercera transcripción ligada a las representaciones globales y correspondiente a nuestro yo oficial” (12). La actividad de desconocimiento no se realiza aquí sobre la percepción, el conciente o la realidad externa, sino sobre la realidad psíquica: lo que es desmentido, desinvertido, es la realidad psíquica y el sistema inconciente (13).

En una elaboración posterior Freud hará sufrir a la problemática de la proyección de lo odiado una suerte de inversión paradójal. En efecto, a medida que el delirante paranoico desconoce su realidad psíquica se torna capaz de reconocer el inconciente del otro. La proyección sobre el prójimo se vuelve una especie de lectura, de semiología de los menores índices de indiferencia, de hostilidad del otro extraño: “...ellos (los paranoicos) no proyectan en el aire, por así decir, ni allí donde no hay nada semejante a aquello que ellos proyectan;

como que se dejan guiar por su conocimiento de lo inconciente y desplazan sobre el inconciente del otro la atención que sustraen del inconciente propio” (14).

El reconocimiento del inconciente del otro permite al delirante desconocer su propio inconciente. De esta manera “nuestro celoso discierne la infidelidad de su mujer en lugar de la suya propia; y en la medida en que se hace conciente de la de su mujer aumentada en escala gigantesca, logra mantener inconciente la propia” (15).

Esta manera de encarar el delirio como el descubrimiento, el reconocimiento del inconciente del otro, nos parece constituir un antecedente importante de la sorprendente analogía que Freud establecerá más tarde, en su artículo “Construcción en el análisis” de 1937, entre el trabajo de construcción del analista y la actividad delirante del loco.

La noción de realidad interviene pues como el lugar desde donde puede ser pensado el fenómeno delirante: las diferentes modalidades de su desconocimiento determinan el funcionamiento de la proyección delirante. El desconocimiento de la realidad exterior, frustrante o penosa, convoca a la alucinación, la rememoración alucinatoria de la huella del objeto perdido. El desconocimiento de la realidad psíquica penosa u odiada es el objetivo esencial de la puesta afuera de la proyección paranoica. Es el trabajo negativo del desconocimiento que opera en la alucinación y en la proyección paranoica.

Las dos situaciones paradigmáticas que hemos evocado en el curso de este artículo podrían ser superpuestas a la actividad de los mecanismos arcaicos de las primeras relaciones objetales. La confusión alucinatoria reproduciría así el proceso originario de la producción alucinatoria de deseo (retención del pecho bueno, del objeto tranquilizante). La paranoia reeditaría las primeras tentativas de desembarazarse de un objeto interno que se ha tornado agresivo, excitante y odiado, a través de la proyección y el desplazamiento hacia el exterior.

En esta perspectiva fue sin duda Melanie Klein quien desarrolló más la problemática proyectiva. Para esta autora la proyección es uno de los

mecanismos de defensa fundamentales: el yo, confrontado a la necesidad vital de administrar la ansiedad provocada por el instinto de muerte, intenta desembarazarse de éste, al menos en parte, proyectándolo³⁶ lo al exterior sobre su primer objeto externo, el seno de la madre. “La proyección, como la describió Freud, se origina por la desviación hacia afuera del instinto de muerte. y, desde mi punto de vista, ayuda al yo a superar la ansiedad liberándolo de lo peligroso y de lo malo”

(17).

J. Laplanche (18) ha insistido en la necesidad de distinguir dos movimientos diferentes: el de la desviación, propiamente freudiano, que resulta de la orientación hacia el exterior de la pulsión de muerte auto-destructiva, y el otro, más habitual en Klein, propiamente proyectivo y por el cual la heteroagresividad del sujeto, orientada hacia el seno, retorna contra sí mismo (“el seno me odia porque odio al seno”).

En nuestra perspectiva es interesante destacar que el doble proceso de proyección/desconocimiento-de-lo-odiado, que hemos intentado delimitar en Freud, puede también ser encontrado en Klein en la interacción, necesaria e inevitable, de la proyección y del clivaje. En efecto, en el pensamiento kleiniano la proyección de lo malo no podría tener lugar sin un doble proceso de clivaje que afecta a la vez al yo y al objeto. Clivar al objeto es también desconocerlo activamente: el objeto “malo” sería también el objeto “bueno” desmentido e inversamente. En este sentido el objeto total, más que resultante de la suma de dos aspectos parciales, surgiría de un reconocimiento diferente de la naturaleza del objeto, lo que implicaría otra relación objetal distinta de aquella que es característica de la proyección—clivaje.

Sería necesario, sin duda, para completar esta rápida incursión sobre la proyección en Klein, recordar aquello que constituye, de manera discutible, su movimiento simétrico: la introyección. Limitémonos a señalar que la introyección de lo malo intensifica, en una suerte de circuito de retroalimentación solamente equilibrada por el juego pulsional libidinal, el mecanismo defensivo de la proyección—clivaje.

En cuanto al otro aspecto de nuestra problemática, la proyección de lo deseado o de lo bueno, ocupa, él también, un lugar fundamental en lo que

Klein llama posición esquizo-paranoide. La proyección de lo deseado está estrechamente ligada a la tríada procesal caracterizada por la interacción de tres movimientos simultáneos: el clivaje, la idealización y la negación (*). El objeto idealizado es el producto de la proyección de una parte de la libido del yo sobre el seno, actividad que se desprende de los sentimientos de amor que se dirigen hacia este objeto gratificador. Pero la idealización de los “buenos” aspectos del seno está íntimamente ligada al temor del seno persecutor (19). Klein encuentra este triple movimiento de clivaje, idealización y negación, en la “gratificación alucinatoria infantil”. El objeto deseado y alucinado es mantenido completamente clivado del objeto frustrador. Su “invocación omnipotente”, es decir alucinatoria, se acompaña por el “aniquilamiento igualmente omnipotente” del objeto malo y persecutor. Este proceso implica, nuevamente, el doble clivaje del objeto y del yo.

El conjunto de estas operaciones psíquicas precoces, características de la posición esquizo—paranoide (clivaje, proyección de los instintos destructivos y libidinales, introyección, idealización, negación omnipotente de la existencia del objeto interno y externo) estaría en la base de los delirios de grandeza y de persecución de las psicosis paranoides o esquizofrénicas.

A lo largo de esta reflexión de dualidad pulsional del amor y del odio nos ha aparecido el problema central de la proyección y del desconocimiento delirantes. Podríamos así hablar de un delirio de odio y de un delirio de amor. En esta perspectiva el delirio de amor sería desencadenado por la pérdida del objeto amado y el delirio de odio por el ataque pulsional interno. El yo delira cuando se siente amenazado, ya sea por la pérdida del objeto amado que vuelve la realidad externa insostenible y hostil, ya sea por el peligro que le amenaza desde el interior.

El yo delira de amor cuando se agota intentando retener en la alucinación la huella del objeto perdido. El yo delira de odio cuando se agota intentando atacar y evitar los objetos persecutores y hostiles, que ha desmentido en tanto suyos e interiores y que reconoce en el inconsciente de los otros.

* Deni.: Se trata aquí obviamente de la negación kleiniana. (op. cit, pág. 259). (N. del I.).

BIBLIOGRAFIA

(1) Para otras precisiones sobre este aspecto nosográfico reenviaremos a nuestro trabajo de tesis: “De la noción de delirio en la obra de Freud (1894—1900) y sus relaciones con la psiquiatría de la época”, dirigido por Jean Laplanche y sostenido en marzo de 1982.

(2) Laplanche, J y Pontalis, J.B.— Diccionario de psicoanálisis.

(3) Freud, S.: “El inconciente”. 1. XIV, pág 181.

(4) Freud, S.: “Complemento metapsicológico de la doctrina de los sueños”. T. XIV, pág 222.

(5) Freud, S.— Las neuropsicosis de defensa. T.111, págs. 59 y sigs.

(6) Freud, S.— Fragmentos de la correspondencia con Fliess. T. T. págs. 246 y sig.

(7) Freud, S.— Fragmentos de la correspondencia con Fliess. T T., págs. 247—248.

(8) Ibid, T. 1., págs. 248—249.

(9) Confrontar Strachey, J., en “Obras completas de Sigmund Freud”, Tomo XIV, pág. 102.

(10) “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños”, (T. XIV, pág. 232).

(11) Laplanche: “Problematiques 1. L’Angoisse, PUF, 1980.

(12) Freud, S.: Carta 52, Fragmentos de la correspondencia con Fliess. T. 1., pág. 275.

(13) Esta tópica del proceso de represión es señalado por Freud al fin del artículo citado, “Complemento metapsicológico...” (T. XIV, pág. 232—233)

(14) Freud, S.: “Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia, y la homosexualidad” (1922). T XVIII, pág. 220 y sig.

(15) Ibid. T. XVIII, pág 220.

(17) Klein, M.: “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” (1946), Desarrollos en psicoanálisis, pág. 258.

(18) Laplanche, J.: “Problematique IV, L’inconscient et le ca, PUF, 1981, pág. 245.

- (19) Klein, M.: "Nota sobre algunos mecanismos esquizoides" y
Desarrollos en psicoanálisis. pág. 259.